

Aquel 12 de septiembre de 1989 era mi último día de vacaciones en Málaga. Al día siguiente tenía que volver a la Audiencia Nacional para que mi querida compañera Carmen Tagle comenzara a disfrutar de sus merecidos días de descanso en Cantabria. Aterricé en Madrid y ya en el taxi que me llevaría de vuelta a casa me sorprendió que hubiera más tráfico de lo normal.

—Entre la vuelta de las vacaciones y el atentado está Madrid imposible —me dijo el taxista.

—¿Qué ha pasado? —Mi corazón dio un brinco—. ¿Contra quién han atentado? —pregunté con cierta alteración.

—Creo que es alguien de la justicia.

Un nudo en la garganta me dificultó seguir la conversación.

Al llegar a casa, en el contestador, comprobé que tenía varios mensajes. El primero, el de Carmen:

«Deja ya de tomar el sol malagueño; vente pronto que estoy cansada y quiero irme a Santander».

Respiré tranquilo al escuchar su voz. Imposible imaginar que la asesinada era ella.

Después venía la voz del magistrado Roberto Hernández, que me dejó de piedra. Su mensaje fue directo y tajante: «Estos cabrones han matado a Carmen». Otros magistrados y compañeros de la Audiencia también habían dejado sus mensajes avisándome de lo ocurrido.

Eduardo Fungairiño fue más reservado: «Ignacio, llámame cuanto antes». Para él perder a Carmen fue incluso más duro que perder a sus padres, algo que consideró ley de vida, pero perder a su amiga, compañera de quinto de Derecho en la universidad, en la Fiscalía, incluso de veranos en Cantabria, constituyó para mi gran amigo Eduardo el hecho más difícil de superar de su vida. Recuerda como si fuera hoy el momento en que tuvo que comunicárselo al padre de Carmen.

La justicia, de luto

Para todos fue un duro golpe. Pasamos tantos buenos momentos todos los compañeros juntos dentro y fuera de los tribunales.

Carmen era lo que popularmente se llama «de pata negra». Entró en la Fiscalía por oposición, no por escalafón. Era muy trabajadora y tan extrovertida que sus verdades despertaban irremediabilmente alguna que otra susceptibilidad.

Aquella misma noche pudimos velar su cuerpo en el Salón de Plenos del Tribunal Supremo. En la capilla ardiente había manifestaciones de todo tipo, generalmente indignación, los que exigían mano dura, endurecimiento de las penas, medidas más drásticas...

Sin embargo, lo que más sorprendió a todos los allí presentes fue que la familia de Carmen sólo buscaba la aplicación de la ley y el perdón. Resultó emocionante que sus padres y hermanos fueran capaces de perdonar a los verdugos de Carmen en aquellos momentos de angustia.

Ninguno de los jueces y fiscales reunidos en aquel lugar de dolor quiso abandonar la lucha contra el terrorismo en ningún momento.

Al día siguiente por la tarde, en el mismo lugar, en un ambiente de fuertes emociones de rabia y tristeza, se celebró un solemne funeral presidido por sus familiares y numerosas personalidades del ámbito jurídico y político. Más tarde sus compañeros portamos a hombros su féretro hasta el furgón que llevaría los restos mortales de Carmen al Instituto Anatómico Forense y después al cementerio de Carabanchel. Allí descansaban otros tres miembros de la familia Tagle.

El entierro familiar estuvo cargado de tensión. Recuerdo de forma escalofriantemente vívida los desgarradores gritos de consternación y cólera de algunos de los presentes. Fueron sus hermanos y sobrinos quienes llevaron

el féretro cubierto por una bandera española hasta la sepultura. Lo que más me impresionó fueron las palabras de la madre de Carmen: «En estos momentos me acuerdo de las miles de madres de policías y guardias civiles».

Todos los 12 de septiembre seguimos asistiendo a su tumba un grupo de compañeros, porque fue una mujer extraordinaria y ejemplar para todos nosotros. ETA no va contra cualquiera, sino que ha sabido a quién asesinar para causar el mayor dolor. Eso es lo que busca en cada asesinato:

desestabilizarnos y causar desmoralización.

Carmen, descendiente de una familia hidalga cántabra, era una mujer íntegra y competente. Lo que más destacaba de ella era su enorme preocupación por los demás. Siempre estaba pendiente de los que precisaban ayuda y huía de los protagonismos. Era una persona dedicada y humilde. Quizás el que fuera la segunda de siete hermanos influyera en su carácter predispuesto y solidario. Tenía un espíritu protector y responsable. Destacaba también por su voluntad de servicio y una gran categoría humana.

La recuerdo siempre volcada en su familia. Tenía muchos sobrinos.

Todos los días a las siete de la mañana llevaba al colegio a una sobrina que padecía una discapacidad intelectual. Me pregunto cuánto le costaría a aquella niña, a la que cuidaba con tanto amor, entender que ya no iba a volver a ver a su tía Carmen. Y cuánto la echaría de menos.